
La lectura, de lo verbal a lo no verbal

Vicente Robalino

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

e-mail: vrobalino@puce.du.ec

Resumen

La falta de interés por la lectura, entre los estudiantes universitarios, es un problema que escapa a la propia iniciativa de las instituciones educativas del estado. Dos factores que han impedido la formación de lectores han sido el uso mecánico de la computadora y el celular, y la falta de una metodología que comprenda, básicamente, la experiencia lectora y la posibilidad de aprehensión de lo leído.

En este artículo se plantea la lectura como un tránsito de lo verbal a lo no verbal, a partir de un reconocimiento de las reglas que permiten la codificación y decodificación de un género determinado, sea este narrativo, poético, periodístico, etc., y la construcción de la imagen de lo leído dentro de un contexto específico que el lector va construyendo con su experiencia en la vida cotidiana, como un acto de recreación lúdica de la lectura.

Palabras clave: lector, géneros, texto verbal, texto no verbal, contexto, imagen, ficción.

Abstract

The lack of interest in reading among college students has become a problem that escapes the initiative of governmental educational institutions. Two factors that have prevented the education of readers have been the mechanical use of computers and cell phones, and the absence of a methodology that explicitly encompasses the reading experience and the possibility to apprehend the text.

This article presents reading as the passage from verbal to non verbal going from the acknowledgment of the rules that allow the codification and decodification of a determined genre, such as narrative,

poetic, journalistic, etc.; as well as the construction of an image from the reading within a specific context built by the reader, along with his experience in his everyday life as a playful recreational act of reading.

Key words: reader, genres, verbal sign, non verbal sign, context, image, fiction

Cómo podríamos llamar a nuestro estudiante, lector de comienzos del siglo XXI. ¿Es el “desocupado” lector a quien invoca Cervantes, el “pío lector” a quien acuden los narradores de la novela decimonónica o el “lector cómplice” en quien depositaba toda su confianza Julio Cortázar? Es alguien que, además de estar por muchas horas pegado a la imagen del computador y apremiado por dar respuesta a las decenas de mensajes que llegan a su celular, lee por obligación algún texto o no lo hace, sino que acude a los cientos de resúmenes que se han hecho sobre la obra que el profesor le impuso que leyera, para de esta manera cumplir, bien o mal, con la tarea. Pues estamos frente a un lector que, por comodidad o por falta de motivación, se siente obligado a leer. Un lector que, concluido el semestre y con una calificación aceptable en la lectura de su texto, se olvidará de que los libros existen. El estudiante-lector al que me refiero no es aquel que por vocación ha escogido la especialización de Lengua y Literatura y posee ya un camino trazado en la lectura, camino que lo afianzará en la universidad, sino al común de los mortales; es decir, estudiantes de las demás carreras y profesionales de esas carreras y a los ciudadanos en quienes –con raras excepciones– no existe el hábito de la lectura.

Para este caso no voy a buscar culpables –el hogar, la secundaria o la propia universidad–, solo me atengo a esta desoladora constatación de que en un país como el nuestro, igual que en tantos otros, la lectura no existe ni como iniciativa individual ni como remembranza de doce años de estudio (primaria y secundaria).

A pesar de las tareas que, con el fin de formar lectores, hace el Ministerio de Educación y la campaña de lectura, que desde hace muchos años ha emprendido el escritor ecuatoriano Iván Egúez, la carencia de lectores es inobjetable. Si bien es cierto que los profesores de lengua y literatura no tenemos la “fórmula mágica” para en uno o dos semestres entregar a la

sociedad asiduos lectores, sí poseemos una experiencia que bien podría ayudar a orientar la lectura de los demás, en este caso de los estudiantes universitarios.

Creo que la primera tarea que se impone en la formación de lectores es la de romper con los innumerables prejuicios que los estudiantes traen a la universidad. Tales prejuicios surgen del desconocimiento de las peculiaridades que posee un discurso determinado, pues no es igual leer una noticia que una crónica, una crónica que un reportaje, un cuento que una novela, ni ninguno de los anteriores géneros narrativos se parece a la lectura de un poema. De ahí que la lectura de cada uno de estos géneros y subgéneros implica, desde el punto de vista de la pragmática, una actitud descriptivo-interpretativa distinta; un proceso de decodificación muy particular. Solo en un segundo momento se podría plantear una lectura integradora, es decir, el descubrimiento de las posibilidades dialógicas que un discurso, en su peculiaridad, propone.

Un tercer momento estaría dado por el reconocimiento del contexto en el que ese discurso se inserta. Insisto en la peculiaridad del contexto de ese determinado discurso, no en la aglomeración de datos histórico-culturales, sino solo de aquellos a los que el discurso como tal alude o construye su referencia, según el tipo de discurso de que se trate.

Si bien es cierto que los límites de la lectura, por ejemplo de un texto narrativo, están dados por la textualidad lingüística, concretamente por cada uno de sus niveles de configuración del sentido (las acciones y sus actantes, la espacialidad y la temporalidad, la enunciación narrativa...), el lector va construyendo, a medida que aprehende el texto, el signo-icónico del universo narrado, es decir, la estructura no verbal, la imagen o el conjunto de imágenes que se desprenden, precisamente del signo verbal. Sin embargo, dicha representación no es un mero remedo del mundo, sino una representación imaginaria, creativa, pues el lector está actuando no como mero copista o transcriptor del mundo real, sino como su intérprete. Entonces, la lectura, si bien parte del reconocimiento puntual de su verbalidad, asciende, por decirlo así, a la reconfiguración no verbal. En otras palabras, lo verbal es “traducido”, por el lector, a la imagen y esta es la imagen que, a manera de remembranza, perdura en la mente del lector. Quién no recuerda las calles y los bulevares parisenses de *Rayuela* o el México de Bolaño o las plantaciones de banano de Macando en los cuentos de García Márquez o el *Rincón de los Justos*. Este tránsito de lo verbal hablado a la imagen icónica es quizá más evidente en la radionovela.

Recuerdo, por ejemplo, cómo al escuchar la descripción de los espacios donde transcurría la acción de una de las radionovelas, yo reconstruía imaginariamente dichos espacios: un patio, una calle y, sobre todo, el trote de los caballos.

En la poesía, el efecto de iconicidad se produce de manera similar al de la narración escrita (un cuento, una novela) y a la narración oral que propone la radionovela. Pues la imagen visual, auditiva, táctil, olfativa, perdura en la mente y en la sensibilidad del lector, enfatizada aún más por el juego de las percepciones, es decir, por la sinestesia o simplemente por la combinación cromática, o por la onomatopeya, la aliteración y todo lo que se conoce como simbolización del significante. Así, yo recuerdo los juegos fónicos de *Altazor*, que hay que leerlos en voz alta. Los efectos visuales de “Alturas de Machu Picchu” y los de *Catedral salvaje*. Estos mismos efectos, aunque con fines distintos a los de la poesía, se pueden apreciar en los anuncios publicitarios que hiperbolizan las percepciones para obligar al oyente o televidente a comprar un determinado producto, como por ejemplo una colonia, un perfume, una marca de cigarrillos, o los efectos visuales, olfativos y hasta táctiles de la comida o el sabor refrescante de una bebida gaseosa. En el fútbol –espacio privilegiado del intercambio de lo verbal y de lo no verbal– es muy singular apreciar cómo los aficionados mientras ven, o después de ver las imágenes de una jugada las verbalizan; esto es lo que hacen los locutores deportivos: “traducir” las imágenes –las jugadas– a palabras y acudir a lo paralingüístico –entonación, tono, gestualidad– para transmitir al oyente la misma emoción que él está viviendo, de tal forma que ese “gool” sea escuchado con la misma intensidad de la imagen apprehendida.

Otro arte que se caracteriza por la fluidez de lo verbal y no verbal es el cine, no por los diálogos de los personajes sino por las posibilidades que ofrece de traducir la imagen a la verbalidad narrativa: una historia contada, unos personajes, un espacio, un personaje. Así, por ejemplo, para mí ha sido muy grato recordar las imágenes del filme *Atrapado sin salida*, con Jack Nicholson, o las de *El Satiricón* de Fellini o aquella maravillosa imagen de la tortuga en un agua transparente en la película *Las estaciones de la vida* o las imágenes de las mujeres (muy parecidas a las de la novela *Pedro Páramo*) de la película, basada en la obra de García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*.

Estas apreciaciones sobre el acto de la lectura, es decir, la imagen como

interpretación del signo verbal, están orientadas hacia la escritura. Desde esta perspectiva no estaría considerada la oralidad. Para Walter J. Ong, la posibilidad que ofrece la escritura de convertir en imágenes lo leído, constituye una verdadera “tiranía” de la escritura:

Aunque las palabras están fundadas en el habla oral, la escritura las encierra tiránicamente para siempre en un campo visual. Una persona que sepa leer y a la que se le pida pensar en la expresión ‘no obstante’, por regla general [...] se hará alguna imagen al menos vaga de la palabra escrita, y será [...] incapaz de pensar alguna vez en la expresión ‘no obstante’ durante, digamos, 60 segundos sin referirse a las letras sino sólo al sonido (Ong, p.21; énfasis suyo).

Si bien es cierto que la “traducción” de lo verbal en imagen podría convertirse en un acto mecánico de cosificación de la escritura, en este estudio el tránsito de lo verbal a lo no verbal lo consideramos como un acto de transformación estético-creativo y de motivación de la lectura. Para ello, al signo no verbal lo hemos despojado de su carácter técnico-mecánico. No es un recurso pedagógico, sino una actividad lectora eminentemente creativa de la que emerge la experiencia y la memoria lectoras: leer es construir imágenes, teniendo como código de base la cultura escrituraria del lector que necesariamente dialoga con los signos y símbolos de la cultura representada en el texto.

La otra gran dimensión de la lectura estaría dada por el reconocimiento, por parte del lector, de los elementos de la cultura oral, que subyacen –como afirma Ong– en todo texto escrito. Es importante destacar la diferencia que establece este autor entre oralidad primaria y oralidad secundaria. La primera correspondería a toda una tradición, en la actualidad prácticamente inexistente como tal; la segunda se encuentra unida a la cultura letrada y a una oralidad tecnológica como la del teléfono, la radio, la televisión y demás medios audiovisuales (Ong, p. 21).

Este carácter de permanencia que posee la imagen al que me he referido, no se corresponde con la fugacidad de la oralidad, como bien afirma Ong: “Cuando una historia oral relatada a menudo no es narrada de hecho, lo único que de ella existe en ciertos seres humanos es el potencial de contarla” (Ong, p. 20). Precisamente esta peculiaridad de lo fugaz del relato oral, y al mismo tiempo de conocimiento de la memoria colectiva, está muy presente en la capacidad innata –llamémosla así– que posee el ser humano para contar de manera espontánea un relato que lo escuchó de sus padres o de sus abuelos o unos versos que también fueron escuchados. Así, en todos está presente –letrados o no– la idea de estructura narrativa,

es decir, de principio, medio y fin de un relato, así como también la existencia de un narrador, de alguien que cuenta una historia a alguien, de un escucha. En la poesía oral sucede algo similar, el escucha tiene una idea muy clara de la rima y de los tropos que están en el habla, especialmente de la metáfora. Además, el poema que surge de manera espontánea en la colectividad está asociado a las canciones, digamos a los boleros, a los pasillos, algunos de los cuales fueron en su origen poemas.

De esta manera he aludido a dos dimensiones de la lectura: la primera que se refiere a la escritura y el lector letrado, que realiza la transición del signo verbal al signo no verbal, para reconstruir no de forma mecánica sino viva y creativa; pues la idea no es tanto fijar, como se fija un anuncio publicitario, sino comprendiendo la índole estética y creativa, en sus distintos niveles, que tiene un texto sea este una crónica, una noticia, un reportaje y, de manera especial, un cuento, una novela o un poema y de los niveles de ficción que cada uno de estos géneros posee. A pesar de la famosa sentencia de que una noticia es objetiva, veraz e imparcial, siempre hay un punto de vista desde el que se narra y una inclinación natural a ficcionalizar. Esto no quiere decir que el comunicador social debe tergiversar los hechos, no, sino darle a su texto la expresividad y la amenidad que demanda lo contado. Un ejemplo, maravilloso de ficción y expresividad, en la crónica periodística, nos ha dejado nuestro escritor Raúl Andrade.

La segunda dimensión de la lectura está dada por la cultura oral. En ella se trata de rescatar las aptitudes naturales del lector para contar un relato o recitar un poema e inclusive para crear, sin que, necesariamente, este posea la etiqueta social de “escritor”. Así es posible convertir a la lectura en una actividad creativa y, al mismo tiempo, lúdica, en la que es factible proponer un intercambio pragmático de papeles: el lector se vuelve escritor y el escritor, lector; con ello, el derrocamiento de las imágenes rígidas y conservadoras de autor y de lector es inevitable.

Esta sería una de las formas, sin que sea necesariamente la única, de acercar, orientar y motivar la lectura. Y crear un espacio donde autor, lectura y lector realmente se reencuentren y dialoguen.

Referencias bibliográficas:

Ong, W. (1987). *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.